

hijo y heredero de Don Carlos, Luis Felipe hubiera podido presentar á su último hijo, el duque de Montpensier; pero temía excitar la susceptibilidad de las potencias europeas, especialmente de Inglaterra. Con este motivo se entablaron algunas negociaciones con el gabinete tory de Lóndres y con el gobierno español, negociaciones que dieron por resultado un acuerdo: Luis Felipe se contentó con pedir para el duque de Montpensier la mano de la infanta Luisa, hermana de la reina, debiendo ésta casarse con su primo hermano Don Francisco de Asís, duque de Cádiz, hijo del infante Francisco de Paula, hermano de Don Carlos y del rey Fernando VII. Entre tanto los torys fueron derribados, y lord Palmerston volvió al poder con el ministerio wigh, presidido por lord Jhon Russel (1846). Lord Palmerston era el mayor enemigo de la influencia francesa; trabajó inmediatamente por hacer fracasar el casamiento del duque de Montpensier, en lugar del cual quería casar al príncipe de Coburgo, primo del príncipe Alberto, que se había casado con la reina de Inglaterra. La diplomacia francesa tuvo la habilidad de deshacer esta intriga. La reina madre María Cristina tenía que quejarse de los anticipos hechos por lord Palmerston al partido progresista, continuador del partido de los exaltados; acogió favorablemente las peticiones de Francia, y los dos casamientos se celebraron en el mismo día (10 de Octubre de 1846).

Esta rápida conclusion irritó profundamente á lord Palmerston, cuya diplomacia había salido derrotada. El sentimiento nacional en Francia tenía algun motivo para estar satisfecho, pero la Inglaterra no perdonó jamás al rey de los franceses este acto de astuta energía, que consideraba aquélla como una traicion, por lo cual se rompió la inteligencia cordial.

Desde el año en que se celebraron los casamientos españoles aparecieron algunos síntomas precursores de una nueva revolucion. La duracion del ministerio y el triunfo obtenido en las últimas elecciones generales no hacian más que irritar á la oposicion, que iba á echar mano de todos los medios para derribarle sin retroceder ante aquellos que comprometian la existencia misma de la monarquía. Los ministros morian ó se retiraban sin que el gabinete cambiase de política y se volviera hácia los que

con impaciencia esperaban su sucesion; Guizot y Duchatel permanecian siempre, y cuando el mariscal Soult, agraciado con el título de *mariscal general*, que hasta entonces sólo había sido llevado por Turena, se retiró en 1847, no se cambió nada en el ministerio, porque el ministro realmente director era M. Guizot, cuya inteligencia con el rey era completa.

En tal situacion, todas las circunstancias debian ser explotadas por los adversarios del gobierno. El ministerio tenía una mayoría de más de cien votos en la Cámara de los diputados; hubiera, pues, podido gobernar con cierta energía; pero se contentó con seguir una política de conservacion ó más bien de entorpecimiento que no resolvía ninguna cuestion; M. Guizot, en su discurso dirigido á los electores de Lisieux, había, sin embargo, hecho concebir otras esperanzas: «Todas las políticas, les había dicho, os prometerán el progreso; pero solamente os le dará la política conservadora, del mismo modo que ha sido la única en daros el orden y la paz.» Este lenguaje era verdadero; pero convenia desde la sancion de los hechos, sancion que nunca llegaba. Se acababa de ver en Inglaterra á un ministro atrevido, sir Roberto Peel, hacerse, aunque tory, el promotor de fecundas reformas; se esperaba ver á M. Guizot tomar la iniciativa de medidas no ménos atrevidas; se designaba una más amplia base para las elecciones; se pedian algunas medidas contra la corrupcion electoral; una ley de incompatibilidad que impidiera á las Cámaras llenarse casi exclusivamente de funcionarios; los hombres religiosos pedian la libertad de enseñanza y el ministerio permanecía en la inaccion. Se resumia su política en estas tres palabras: *Nada, nada, nada*, y M. Guizot afectaba glorificarse con su inmovilidad y cifraba una especie de gloria en la impopularidad que de día en día iba sufriendo su nombre.

Por otra parte, la situacion se agravaba cada vez más. La cosecha de 1845 había sido mediana, y la de 1846, á causa de una prolongada sequía, fué completamente insuficiente. A la sequía sucedieron grandes lluvias, que causaron desastrosas inundaciones en la cuenca del Loira. Una crisis financiera vino á juntarse á la carestía de las subsistencias; hubo alborotos en los grandes centros de poblacion obrera,

en las cuencas hulleras del Loira y de Valenciennes y en el arrabal de San Antonio de París. En el invierno siguiente (1846-1847), aumentaron los alborotos, especialmente en los departamentos del Centro y del Oeste. En muchos puntos se interrumpió la circulacion de cereales, y los almacenes de trigo fueron entregados al pillaje; algunos buques cargados de trigo fueron saqueados en Tours. En Laval, en Rennes, en Mans, en Mayenne, en Nevers, se acudió á las armas; algunos propietarios de Buzancais y de Belatre, en el Indre, fueron asesinados como acaparadores por los colonos y por los obreros amotinados, y fué preciso apelar á sangrientas ejecuciones para reprimir los bandos, excitados por el hambre y por el deseo del pillaje.

Al mismo tiempo estallaron numerosos escándalos. Se descubrieron algunas dilapidaciones cometidas en el puerto de Rochefort por los funcionarios públicos, que fueron perseguidos y condenados. Poco tiempo despues alcanzó á más elevados personajes: M. Teste, antiguo ministro de Obras públicas, el general Despaus-Cubieres, antiguo ministro de la Guerra, fueron acusados de haber sobornado á precio de oro á los primeros dignatarios del Estado, de complicidad con un agente de negocios llamado Parmentier y un hombre de la alta banca llamado Pellaprat. Teste fué reconocido culpable de haber gustado de ofertas y recibido regalos, siendo ministro, por hacer algunas concesiones ilegales, y fué condenado á tres años de prision y á la pérdida de los derechos de ciudadano francés. El general Despaus-Cubieres fué absuelto del cargo de estafa que se le había imputado, pero fué convencido de haber corrompido al ministro y obtenido de él indebidamente la concesion de una mina, y perdió sus derechos de ciudadano. Parmentier y Pellaprat fueron igualmente reconocidos culpables; el último se libró por la fuga de las consecuencias de su condenacion. Estos escándalos desacreditaron grandemente al gobierno; se preguntaba hasta dónde llegaba la corrupcion y si los culpables no eran más que aquellos que acababan de ser castigados. Un crimen horrible vino á aumentar el escándalo; la duquesa de Praslin, hija del mariscal Sebastiani, fué encontrada en su cuarto con las manos cortadas, el cuello pi-

cado, y el cuerpo mutilado y bañado en sangre. El mismo duque de Praslin había cometido el asesinato; había sido nombrado par de Francia dos años antes, se le detuvo, y se envenenó en su prision (24 de Agosto). Dos meses despues (2 de Noviembre), el conde de Bresson, embajador de Francia en Nápoles, se cortaba la garganta con una navaja de afeitar. ¡Esta série de crímenes había empezado por la muerte repentina de M. Martin (del Nord); atacado de apoplejía en una casa de juego! Este triste año de 1847 terminó para Luis Felipe con un último golpe: Madama Adelaida, su hermana segunda, que ejercía tal ascendiente sobre su espíritu, que se la llamaba su *Egeria*, murió á fines del mes de Diciembre; el dolor que Luis Felipe experimentó con esta pérdida no fué extraño á la irresolucion que mostró en los sucesos que iban á hacer pedazos su trono.

Dos cosas consolaban á Francia de sus humillaciones é impedían que sus enemigos la despreciaran: el valor de sus soldados y los sacrificios inspirados por la religion. Mientras que el gobierno se hacia pequeño ante el extranjero, el clero se consagraba con ardor al trabajo de la regeneracion del país; las comunidades religiosas se multiplicaban, las hermanas de la Caridad se difundian por todo el país, la juventud católica olvidaba las tristes cobardías del respeto humano y recobraba los hábitos de la caridad y de la piedad; en fin, intrépidos misioneros iban hasta las extremidades del mundo, á Turquía, á China, al Japon, á la India, á las islas de Oceanía, entre las tribus salvajes de la América, á llevar al mismo tiempo la fé, el nombre y el amor á la Francia. Durante aquel tiempo, por do quiera que aparecian los soldados franceses se encontraba la generosidad y la bravura antiguas: en el ejército no se podía pedir cobardía, el honor nacional se había refugiado al pié de las banderas, y cuando se convertía en una nueva humillacion, como en la cuestion de Oriente, fué preciso alejar del teatro de los sucesos á los marinos y soldados por miedo, como se decia, de que los cañones se marcharan ellos solos.

El sentimiento nacional fué el que impidió abandonar el más hermoso legado que la restauracion había hecho al país. La caída de Argel debía arrastrar consigo la conquista de

toda la Argelia. Con ménos vacilaciones para empezar, la obra de colonizacion hubiera marchado rápidamente; pero Luis Felipe, que temia sobre todas las cosas desagradar á Inglaterra, no se atrevió en un principio á emprender nada; parecia pedir gracia á sus rivales para no evacuar país adonde los franceses llevaban la civilizacion; los gobernadores se sucedian sin instrucciones precisas, perdiendo un tiempo considerable, y la sangre de los soldados franceses corria inútilmente. Empero la Francia no queria perder el fruto de sus sacrificios, y Luis Felipe se vió por fin precisado á proclamar que la Argelia era una *tierra en lo sucesivo francesa*.

Por otra parte, las dificultades eran grandes. La Argelia, que se extiende próximamente sobre 900 kilómetros de costas y que por el lado del desierto se interna hasta 200 y 250 kilómetros en el interior de las tierras, estaba poblada por razas guerreras á quienes su religion, el mahometismo, hacia hostiles á toda dominacion cristiana; contaba cerca de tres millones de habitantes, la mayor parte árabes, algunos turcos, muchos judíos, algunos moros, y en el interior de las montañas, los kabails ó kabilas, descendientes de los antiguos berberiscos, y se daba el nombre de kuluglis á los descendientes de los turcos que se habian casado con hijas del país, moras ó cristianas esclavas. Los moros descenden de los antiguos mauritanos y de las mezclas de los árabes y berberiscos con los europeos, y habitan principalmente las ciudades. Los árabes son los antiguos conquistadores del país; los kabilas ó berberiscos descenden de los antiguos númidas con los cuales Iugurta desafió por tanto tiempo al poder romano. Los árabes están divididos en tribus, cada una de las cuales tiene un jefe llamado *jaique*; los ganados constituyen su principal riqueza, y cada tribu tiene un territorio particular que recorre con entera libertad. Los kabilas son sedentarios. En la época de la conquista, la regencia de Argel, colocada bajo la soberanía del sultan, estaba gobernada por un *dey*, que no reconocia otro derecho que el sable; se subdividia en cuatro provincias: Argel y Titteri en el Centro, Tremecen al Oeste y Constantina al Este; á la cabeza de las provincias, excepto Argel, y en las ciudades más im-

portantes, habia un *bey*, que cada tres años debia rendir al *dey* cuenta de su administracion, y éste estaba autorizado para cortar la cabeza del bey de quien no estuviera contento. Por lo demas, las tribus vivian de una manera casi independiente.

Apenas habia el mariscal de Bourmont terminado la conquista de la ciudad de Argel, cuando se pensó en completarla por la posesion de Oran y de Bona (la antigua Hipona); pero la revolucion de Julio impidió concluir esta empresa. Adicto á la rama primogénita de los Borbones, abandonó el servicio y dejó el mando al general Clausel, oficial que se habia ya distinguido bajo el imperio. Clausel estableció una quinta-modelo y preparó varios proyectos de saneamiento para la grande y fértil llanura del *Mitidja*, que se extiende al Sud de Argel. Se le debe tambien la creacion de un cuerpo de infantería indígena, mandado por oficiales franceses, y cuyo nombre debia adquirir tan gloriosa nombradía, los *zavos*. Ocupó á Blidah y á Medeah despues de haber atravesado el terrible desfiladero ó *teniah* de Mouzaia; pero tuvo la desacertada idea de ceder á Constantina y Oran á unos principes tunecinos, de los cuales queria hacer sus aliados. Este peligroso sistema no podia ser aprobado por el gobierno francés, que le llamó y le sustituyó con el general Berthezene.

La situacion era de las más difíciles: no habia más que 10.000 hombres de tropa en Argelia, y no se poseia apenas más que á Argel y su territorio; se habia formado entre los árabes una vasta conspiracion para expulsar á los franceses y restablecer al rey Haxssein-Pachá, que á la sazón se encontraba en Livornia. Felizmente el ataque no empezó por todos los puntos á la vez, y el general Berthezene pudo derrotar á las tribus por separado, si bien era preciso volver á empezar todos los días lo que se habia hecho en la vispera; el país se abria ante las tropas y se cerraba inmediatamente detrás de ellas; la obra de la conquista atrasaba en lugar de adelantar, y los árabes se animaban al ver la impotencia de los franceses.

El famoso Savary, duque de Rovigo, antiguo ministro de policia en tiempo de Napoleon I, vino con 16.000 hombres á reemplazar

al general Berthezene. Savary siguió un nuevo plan: dejó á los árabes venir y avanzar, sin obstáculo, hasta una pequeña distancia de Argel, y entonces cayó sobre ellos de improviso, les hirió sin misericordia, y les penetró de un terror tal, que su nombre era pronunciado por ellos con espanto. Por otro lado, el general Boyer aseguró la posesion de Oran, que los tunecinos habian abandonado, y la ciudad de Bona fué definitivamente ocupada (25 de Marzo de 1832). Pequeños fuertes, llamados *blockhaus*, servian para mantener en respeto á los territorios conquistados. La ocupacion de Bugía (29 de Setiembre de 1833) señaló un nuevo progreso en la conquista: entonces fué instituida para regularizar las relaciones de los conquistadores con las tribus la *Oficina árabe*, de la cual, el capitan La Moriciere fué el primer jefe, y entonces apareció tambien el hombre que debia disputar á los franceses la Argelia hasta fines del reinado de Luis Felipe.

Habia entre los morabitos que predicaban la guerra santa contra los cristianos un descendiente de los antiguos almoravides que habian conquistado á Marruecos y á España. Residia cerca de Mascara, y gozaba de grande influencia en el país: tenia un hijo, llamado Abd-el-Kader, que recibió una educacion esmerada. El viejo morabito no cesó de predicar la guerra santa, y su hijo combatió á los franceses en muchos encuentros. Los árabes recurrieron al principio al emperador de Marruecos, Muley-Abd-er-Rahman; pero éste, temiendo comprometerse abiertamente con Francia, dió el título de califa (vicario) á Abd-el-Kader, y le dejó hacer la guerra de su cuenta y riesgo (1832). Abd-el-Kader se estableció en Mascara, y pronto se vió á la cabeza de un gran número de tribus, con las cuales extendió poco á poco el círculo de su accion. No pudo impedir que el general Desmichels, que mandaba en Oran, ocupara á Arzew y Mostaganem (1833); pero obtuvo de él un tratado, conocido con el nombre de *tratado Desmichels* (26 de Febrero de 1834), que le aseguraba una posicion independiente, y le daba, con el título de emir (principe), la soberanía de Mascara y todo el Oeste de la Argelia.

Se preocupaba vivamente en Francia de la situacion de la Argelia. Un decreto, con fecha

del mes de Julio de 1834, estableció sobre nuevas bases la alta administracion de la regencia, que fué designada con el nombre de Posesiones francesas en el Norte de Africa. El mando general y la administracion fueron confiados á un gobernador general, colocado bajo las órdenes inmediatas del ministerio de la Guerra, y asistido por un oficial general que mandaba las tropas, de un oficial general que mandaba la marina, de un procurador general, de un intendente militar y de un director de hacienda, de suerte que la Argelia constituia así una especie de vireino. El primer gobernador general fué el conde Drouet d'Erlom, antiguo soldado de la república y del imperio. Llegó á Argel á fines de Setiembre de 1834, y en seguida se ocupó de la organizacion del país; tres actos principales señalaron su administracion: el establecimiento del régimen municipal en la regencia, la division del distrito de Argel en municipios y la creacion de un colegio en esta ciudad. Como se deseaba reducir los gastos de la ocupacion, disminuyendo todo lo que fuera posible las tropas enviadas de Francia, creó un nuevo cuerpo de tropas indígenas, los *spahis* regulares, que despues prestaron grandes servicios.

Sin embargo, el tratado militar habia dado una desgraciada importancia al emir Abed-el-Kader; Drouet d'Erlom reemplazó al general Desmichels por el general Trezel, que tenia orden de oponer la más vigorosa resistencia á las pretensiones del emir. Trezel siguió sus órdenes. Abd-el-Kader se habia apoderado de Medeah y de Milianah, habia pasado el Cheliff, rio que limitaba sus posesiones por el lado de Argel, y hasta habia penetrado hasta el Mitidja y atacaba á las tribus fieles á Francia. Trezel marchó sobre Mascara; pero trabó un combate en los espesos sotos del bosque de Muley-Ismael, con una pequeña division compuesta de 2.500 hombres; asaltada de improviso por la numerosa caballería de Abd-el-Kader, la division fué derrotada (26 de Junio de 1835), y el general dirigió la retirada hácia el puerto de Arzeu, siguiendo las orillas pantanosas del Macta. Asaltados por segunda vez en un estrecho desfiladero, los franceses experimentaron nuevas pérdidas: tuvieron trescientos hombres muertos, otros tantos heridos y perdieron to-

dos sus bagajes. Era esta la derrota más seria que habían sufrido en Argelia, y no podía ser compensada por los tres mil hombres que los soldados franceses habían muerto á Abd-el-Kader (28 de Junio). Drouet d'Erlom llamó al general Trezel; pero él había también cometido el desacierto de dejarse envolver por un judío agente del emir, y dejar á Abd-el-Kader pasar impunemente el Cheliff, por lo cual fué llamado á Francia y reemplazado por Clausel, que había sido nombrado mariscal de Francia.

El nuevo gobernador general conocía el país, había sido enviado para vengar el desastre de Macta y quebrantar la potencia de Abd-el-Kader, para lo cual tomó inmediatamente medidas enérgicas. La presencia del duque de Orleans animaba á las tropas y mostraba que la Francia estaba decidida á conservar el Africa. Después de muchos combates se recobró á Mascara, á la cual, la población musulmana había abandonado; la ciudad fué entregada á las llamas (9 de Diciembre de 1835). Al mes siguiente, una nueva expedición hacia á los franceses dueños de Tremecen (13 de Enero de 1836), en donde el gobernador dejó una guarnición á las órdenes del capitán Eugenio Caraignac. Cuando el ascendiente de las armas francesas fué así restablecido en el Oeste, el mariscal se dirigió hacia el Este, en donde el bey Constantina procuraba hacerse una posición tan independiente como la de Abd-el-Kader. Nombró bey al comandante Jousouf, aventurero de origen italiano, que en otro tiempo había estado al servicio del rey de Túnez, y que pasado al servicio de Francia en la época del sitio de Argel, se distinguió desde entonces, tanto por su fidelidad, como por su bravura y talento militar. Pero era más fácil nombrar un bey de Constantina que instalarle en dicha ciudad; el mariscal Clausel, que no ignoraba las dificultades de la empresa, aunque las creía menores de que lo eran en realidad, pidió en vano algunos refuerzos. Se le daba la orden de seguir adelante sin darle medios para ello, y él resolvió emprender la marcha.

Tenía consigo cerca de diez mil hombres, y el duque de Nemours acompañaba á la expedición. El mariscal salió de Bona el 10 de Noviembre de 1836; el 15 acampaba en Guelma, y el 20, después de inauditas fatigas, llegó á

dar vista á Constantina. El 21, cuando se aproximaron á la ciudad, se reconoció que estaba mejor fortificada de lo que se había creído, además de estar defendida por una fuerte guarnición que sostenía una población fanática. No había bastante gente para intentar un sitio en regla, por lo cual el mariscal resolvió apoderarse de la ciudad á viva fuerza, y si no lo conseguía, batirse inmediatamente en retirada. Fué preciso tomar este último partido, después de haber desplegado inútilmente un valor heroico y ensayado un ataque, en el cual el general Trezel recibió un balazo. La retirada fué difícil: el mariscal Clausel la condujo con una rara sangre fría y con una gran habilidad. La retaguardia, asaltada por una nube de ginetes árabes, se cubrió de gloria rechazando al enemigo. Iba mandada por el jefe del batallón Changarnier, cuya reputación dató desde entonces: vivamente estrechado por los árabes, forma sus batallones en cuadro: «¡Vamos enfrente de esas gentes, les dice; ellos son seis mil y nosotros trescientos, la pérdida es igual!» Los árabes no pudieron romper este cuadro viviente. El ataque de Constantina había tenido lugar el 23 de Noviembre; el 30 el cuerpo expedicionario entró en Bona conduciendo su artillería, sus heridos y todas las cajas que no habían sido rotas. El coronel Duvivier se había quedado en Guelma con dos batallones.

La noticia de la derrota experimentada delante de Constantina, causó en Francia una dolorosa impresión; el mariscal Clausel fué reemplazado por el general Damremont (Febrero de 1837), mientras que se enviaba á Oran con una autoridad, bastante vagamente definida, pero independiente de hecho de la del gobernador general, al general Bugeaud de la Piconnerie que ya en el año anterior se había vagamente distinguido en una expedición contra Abd-el-Kader y por una brillante victoria conseguida á orillas del Sikkah (6 de Julio de 1836). Bugeaud tenía el encargo de combatir sin cuartel al emir ó de hacer con él una paz definitiva y conveniente. Desde su campamento, establecido sobre el Tafna, lanzó una proclama en que amenazaba á los árabes con una guerra de exterminio. Abd-el-Kader, que no se sentía el más fuerte, recurrió á las negociaciones y lo hizo con tanta habilidad, que obtuvo del general francés unas

condiciones que no se hubiera atrevido á esperar ni aún después de grandes victorias. El 30 de Mayo de 1837 fué firmado, á orillas del Tafna, el tratado que lleva el nombre de este río. En él reconoció el emir la soberanía de Francia: la Francia limitaba sus posesiones á Argel, el Sael, la llanura del Midja, Blidah, Coleah, Oran, Arzen, Mostaganem, Mazagran y un pequeño territorio; dejaba al emir la administración de la provincia de Oran, la de Titterria y de la parte de la de Argel que no se había reservado, es decir, que se cedia á Abd-el-Kader casi todo el Oeste, una parte del Centro y el Mediodía de la antigua regencia, y hasta se le ponía en posesión de algunos puntos en que á la sazón ondeaba el pendón francés. De esta suerte el emir Abd-el-Kader adquiría una posición soberana en Argelia; el general Bugeaud supo más tarde reparar gloriosamente su error.

Mientras tanto, el tratado del Tafna permitía á las fuerzas francesas trasladarse á la provincia de Constantina, en donde tenían que vengar el honor de sus armas. Por esta vez se tomaron precauciones y nada faltó para el buen éxito de la expedición, que mandaba en jefe el general Damremont, teniendo á sus órdenes al duque de Nemours, al general Trezel, al general Rulhiere, al coronel Combes, cada uno á la cabeza de una de las cuatro brigadas de que se componía el cuerpo expedicionario; al general Valee, que mandaba la artillería, y al general Fleury, que mandaba los ingenieros. El 6 de Octubre llegaron al pie de los muros de Constantina y el 12 estaba abierta la brecha. Damremont hizo una intimación á la ciudad antes de echar mano de los últimos argumentos de la fuerza. «Los franceses, contestaron los sitiados, no serán dueños de Constantina sino bastante después de haber dado muerte al último de sus defensores.» «Son unos valientes, exclamó el general en jefe al saber esta contestación; pues bien, el negocio será más glorioso para nosotros.» Montando á caballo con el duque de Nemours y seguido de sus ayudantes de campo, entre los cuales se distinguía un joven oficial llamado Mac-Mahon, se puso á dictar las últimas disposiciones para apoderarse de la plaza. Se le advirtió que las balas enemigas pasaban por el punto en que se encontraban: «Es igual, adelante siempre,» contestó, y en el mismo mo-

mento caía atravesado por una bala encima del corazón. La Francia perdía uno de sus más valientes y más hábiles hombres de guerra.

El general Valee tomó en seguida el mando, que le correspondía por derecho de antigüedad; no tuvo más que seguir las órdenes dadas por Damremont y completar sus disposiciones. Al día siguiente, 13 de Octubre, el pendón francés ondeaba en las mezquitas de la ciudad, y el bey de Constantina huía hacia al desierto con algunos centenares de ginetes. La toma de Constantina fué causa de la sumisión de muchas tribus y pronto la de casi toda la provincia.

El general Valee, después de haber dado las órdenes oportunas para la administración y defensa de la nueva conquista, volvió á Bona, en donde recibió su nombramiento de gobernador general de la Argelia. Algun tiempo después el bastón de mariscal de Francia vino á recompensar estos servicios. El año 1838 se pasó bastante tranquilo; el general Negrier ocupó á Storah, sobre la costa, y una ciudad francesa, Philippeville, empezó á elevarse cerca de la ciudad mora; el antiguo bey de Constantina, Hadj-Achmet, fué rechazado al desierto, y Abd-el-Kader se contentó con infringir, pero sin llegar á una guerra abierta, muchas cláusulas del tratado de Tafna.

El año 1839 fué señalado por algunos hechos notables, la ocupación de las ciudades de Gigeri ó Djidjelli, de Setif y de Djemilah, en la provincia de Constantina, y especialmente la expedición de los Bibanes ó Puertas de hierro. El Biban es un desfiladero muy peligroso formado por el Jurjura (*Terratus mons*), que se separa del pequeño Atlas entre las provincias de Argel y de Constantina. Este desfiladero está limitado á derecha y á izquierda por rocas enormes, que caen á plomo sobre un sendero estrecho, y en donde es fácil á un enemigo invisible fusilar á tiro certero á todos los que por él intenten pasar. Los ejércitos romanos no habían atravesado nunca este terrible desfiladero; las tropas turcas y las caravanas no le pasaban sino pagando un tributo á los berberiscos que eran sus dueños. Habiendo el duque de Orleans venido por segunda vez á Africa, el mariscal Valee resolvió reconocer con él toda la parte de la provincia de Constantina que se extiende desde esta ciudad al Biban y desde el Biban